

S.O.S

Esta historia comienza una tarde soleada de sábado del mes de agosto. Como cada día, Rosa leía en voz alta una bonita historia de amor escrita en a penas diez páginas de un pequeño cuaderno de piel. Aquel día, quizás porque el tiempo invitaba a salir y habían comenzado las vacaciones de verano, el pueblo experimentaba una tranquilidad poco habitual.

Sin embargo, esta soledad no era nueva para Rosa que, desde hacía años, había dejado de relacionarse con todas las personas de su entorno y pasaba las horas concentrada en la lectura de distintas historias al pie de la tumba de su marido, Roberto Tasende. Ningún vecino se sorprendía de la presencia de Rosa en aquel lugar ya que, desde su muerte en un trágico accidente de tráfico, hacía más de treinta años, la mujer acudía todos los días con una flor, una foto, una historia o simplemente con un fuerte sentimiento de cariño y dolor, propio de una persona que, sin haber vivido nada lo había perdido todo.

Cuando dieron las nueve y media y tal y como venía ocurriendo desde hacía ya bastantes años, Rosa terminó su narración, recogió sus fotos y su cuaderno y salió del cementerio con la promesa de regresar la tarde siguiente.

El domingo no parecía ser un día muy diferente al anterior, o al menos eso creía ella. Así, siguiendo su rutina diaria, cuando en el reloj de la iglesia dieron las cinco de la tarde, Rosa salió de su casa en dirección al cementerio del pueblo. Pero a su llegada la mujer se encontró con una sorpresa inesperada ante la que no pudo ocultar su asombro: al lado de la tumba de su marido un joven de apenas treinta años lloraba desconsoladamente sobre la fotografía de una chica que parecía tener su misma edad. Aquella triste imagen hizo que de nuevo afloraran en ella los sentimientos de dolor, angustia, impotencia, incompreensión y desconsuelo que la habían invadido aquella fatídica tarde en la que le

comunicaran la terrible noticia y que, lejos de haber desaparecido, permanecían guardados en un rincón de su memoria como una terrible amenaza capaz de apoderarse de ella en cualquier momento. De nada le había servido el apoyo de sus familiares y amigos y solo sus visitas diarias al cementerio habían conseguido mitigar aquel dolor tan intenso que poco a poco amenazaba con consumirla.

El resto de la tarde ya no fue igual para Rosa; no pudo terminar de leer la historia del cuaderno y abandonó antes de lo habitual el cementerio. Sin embargo, ella sabía que aquella no iba a ser la última vez que viera al muchacho.

En efecto, al día siguiente su mirada se topó de nuevo con aquel joven pero, en esta ocasión, no la invadieron los sentimientos de angustia de la tarde anterior sino que en su lugar comprendió que aquel desconocido estaba viviendo la situación que ella misma había experimentado hacía treinta años.

Así, entre miradas, transcurrió el resto de la semana hasta que por fin una tarde se produjo el primer saludo entre ambos; un tímido gesto que hizo que aumentase la confianza que había surgido desde el primer día.

De alguna forma los días pasaban más rápidamente para Rosa con la compañía de aquel desconocido. Sin embargo, por algún motivo, una intensa sensación de culpabilidad la había invadido desde el momento en que conociera a aquel joven, del que no sabía ni siquiera el nombre, pero cuya compañía le había alegrado esas últimas semanas. Ella sabía mejor que nadie lo que significaba perder a un ser querido pero también era consciente de la importancia de no permitir que la tristeza y el desconsuelo consigan dominar tu vida, como a ella le había sucedido.

Así con esta idea en la cabeza decidió redactar una pequeña nota al que se había convertido en su compañero de las tardes. Solo fue capaz de escribir dos frases, solo dos líneas le bastaron para que al día siguiente, cuando su joven desconocido descubrió aquella cuartilla de papel, experimentase una mezcla de impotencia, de tristeza, de dolor pero sobre todo de alivio, de alivio al ver que aquella mujer, a la que apenas conocía, había comprendido el profundo desconsuelo que padecía y que parecía ir aumento con el paso de los días sin que él pudiese hacer nada por evitarlo.

Pasaron los años y Rosa no volvió a ver a su viejo amigo. Ella sin embargo continuó realizando, a pesar de sus problemas de salud, constantes visitas al cementerio, siempre acompañada de cuaderno de piel y de sus intensos recuerdos.

Era sábado, un sábado soleado del mes de agosto cuando aquel joven, ya convertido en adulto, depositó suavemente una flor sobre una lápida situada justo al lado de donde descansaba el conocido escritor Roberto Tasende. César, el muchacho que antaño lloraba desconsoladamente sobre una fotografía, no pudo evitar que dos lágrimas resbalasen por sus mejillas al recordar las palabras de su gran amiga: " los recuerdos son solo eso, recuerdos; no permitas que tu pasado escriba también tu futuro".

Bicicleta, 1º de Bachillerato